



"Un dels últims vespres de Carnaval".
 Direcció: Lluís Pasqual.
 (1991).
 Teatre Lliure.
 (Foto: Ros Ribas)

TOLERANCIA E IRONIA

(EXTRACTOS)

Conversación entre
 Georges Banu y
 Lluís Pasqual

GEORGES BANU.- Lo inacabado tiene a menudo trazos de muerte. Sobre todo en las obras últimas en que la ambigüedad y la inquietud se confunden.

LLUIS PASQUAL.- En torno a eso se puede volver a la eterna cuestión que se planteó en el siglo XVII español, la de la predestinación humana. ¿Es que hay algo de predestinado en el destino de los humanos que hace que *La Tempestad* o *El Réquiem* de Mozart estén impregnados del espíritu de la muerte sin querer sin embargo mostrarla? Lorca en sus últimas obras, se enfrenta con preguntas fundamentales: busca pero al mismo tiempo rehúsa todo juicio, se pone en peligro siendo al mismo tiempo muy tolerante. En general las obras últimas son más tolerantes... La tolerancia, creo, les es propia. Me atraen, me gustaría montarlas mucho más, pero sin plantearlas sin embargo como mis últimas puestas en escena. ¿Pero quién sabe? Siempre la predestinación... (...)

GEORGES BANU.- Este tipo de obra última muestra una guerra interior, una atomización del yo.

LLUIS PASQUAL.- De la no-armonía. En *La Tempestad*, la no-armonía sirve de punto de partida para llegar a la armonía. ¿Es verdadera? ¿No dice también Shakespeare que todo lo chiflado es teatro?

GEORGES BANU.- Peter Brook invita a evitar la postura solemne y la seriedad de los trajes negros cuando se aborda una obra última.

LLUIS PASQUAL.- Estoy completamente de acuerdo. Acabo de remontar *Uns dels últims vespres de carnaval*... es mi espectáculo más divertido. En él se reencuentra la nostalgia, la tristeza, las despedidas pero sin sacrificar nunca la ironía, el placer. Esta ambivalencia preserva la ambigüedad del final.

Por primera vez reflexioné sobre esta cuestión de las obras últimas inacabadas. Cuando las acercamos, debe evitarse concluir las, fijarlas, pues de este modo se las mata. Aquí más que en otros casos, hay que confrontarse con lo que me parece lo propio de los grandes poetas: ellos no afirman nunca nada, y eso es indisoluble de las grandes obras postreras. Lo que deseo modestamente, es estar a la altura de dicha

ambigüedad. Tener el valor de enfrentarme al caos sin pretender ordenarlo. Aquí el artista se asume totalmente; es por lo que yo hablo de aliento vital que lo abraza todo. Ya no es un escritor que se expresa, sino un ser. Y la libertad de los sentimientos refleja la libertad de expresión. (...)

GEORGES BANU.- En oposición a las obras postreras inacabadas, se encuentra la obra testamentaria, totalizante, conclusiva, dominada.

LLUIS PASQUAL.- Por el momento me gustan las obras que explotan, como el *Guernica*, de Picasso en la que todo es al mismo tiempo artístico y real. El conjunto termina por provocarnos la imagen del horror; *El público* de Lorca, se organiza en cierto modo según los mismos principios.

En situación opuesta, ciertamente, se encuentra *Uns dels últims vespres de carnaval* en la que más allá de las despedidas, Goldoni habla del amor por esos tejedores, de su alegría de vivir. Es ligero y cómico y lo que cuenta para el director de escena es admitir que todo está reglado y buscar en el escenario que se realice la división de los sentimientos perfectamente dibujada.

GEORGES BANU.- Parafraseando a Brook, podríamos hablar de despedidas lúdicas. Las *últims vespres* parecen responder a esa disposición del ser, lo mismo que *La flauta mágica*.

LLUIS PASQUAL.- Sí, pero la alegría no afecta en nada al misterio. Las obras postreras, acabadas o no, son misteriosas. Es como si el hombre reconociera que no se puede explicar la vida por el lenguaje... Se puede explicar por el palpito del corazón. Y este palpito es muy irregular. Quizá eso permite comprender porqué en las obras postreras la estructura se relaja, la arquitectura se cuarteja, porque no hay respuesta. (...)

Al final de *Uns dels últims vespres de carnaval*, uno de los personajes reconoce que sobre la marcha de Anzoletto no hay nada más que decir pues "el propio Anzoletto lo ha explicado tan bien". Y cuando sabemos que Anzoletto es el alter-ego de Goldoni, se reconoce la ironía con la que se juzga a sí mismo. (...) Tolerancia e ironía son las dos cuestiones que yo encuentro por encima de todo en las obras postreras.